

"EL LUNES"

r salida de El Diario del Hogar, hízome andar de periodista cesante por algún tiempo; y como no me acostumbraba á la tal cesantía, para combatirla, visitaba todas las redacciones en que tenía yo conocidos, y con especialidad la de El Combate, un semanario fundado por el general Rocha y á cargo de Eduardo Velázquez, amigo mío de infancia.

Eduardo Velázquez convirtió la redacción en un concurridísimo centro de periodistas y literatos; la tenía muy bien instalada; el general Rocha y él, hacían muy buena cara á sus visitas, y éstas aumentaban noche á noche en cantidad y calidad. Allí iba Juan de Dios Peza y allí Emilio E. García me presentó á él, me recomendó,

se hizo lenguas en tono de broma, de mis ambiciosas intenciones.

— Quiere conquistar el mundo desde un periódico, pero por fortuna nuestra es un periódico lo que le falta actualmente.

Peza sonreía escuchándonos, dejaba que García diera libre curso á su verba juguetona, se la excitaba sin perderme de vista, cual si estudiara los efectos que las bromas me producían. Y el efecto debió de ser bueno, porque Peza se volvió á mí, recordó que había sido condiscípulo de mi hermano, y me propuso un puesto de redactor en su semanario.

Quiere usted venirse á trabajar conmigo? Somos unos cuantos viciosos que moriremos escribiendo; el sueldo será corto, porque no puede ser largo. ¿Qué opina usted?

-Opino que acepto; que desde ahora me considero redactor de El Lunes.

Salió mi primer artículo notificando al público mi mudanza de casa, ni más ni menos que si acabara yo de apuntalar mi mesa y lo hiciera saber á los lectores — á los que en definitiva, poco ó nada ha de haberles importado mi traslación ni mi nuevo domicilio periodístico. A quien sí le importó fué á Peza y ese interés suyo me ha re-

portado positivos beneficios; acabó él la obra empezada por Aurelio Garay, corrigió mis defectos culminantes, es decir, á ellos debo el que se convirtieran mis escritos siquiera en legibles. Por vía de estímulo, me nombró secretario del periódico.

Es usted el más joven—me dijo—y ha de tomar la cosa con el calor que ella requiere.

Y á cada semana, me extasiaba yo ante mi nombre y mi cargo impresos á renglón seguido del título de la publicación; no sé qué ideas de ascenso y de progreso me despertaba aquello; parecíame que el diario y yo habíamos dado un gran paso y que en los teatros y demás periódicos la reforma no pasaba inadvertida. Otro favor de importancia me prestó Peza; me suprimió el uso del pseudónimo, con razones que me convencieron de la inutilidad de esa manía en todo escritor novel.

—¿No ve usted, decíame Peza, que aún suponiendo que los artículos de usted lleguen á ser de fama, sólo sus amigos sabrán de quién son? No digo en el extranjero, ni en los Estados de la República sabrán quién es *La Cocardière* y tendrá usted entonces que ganarse dos reputaciones; primero para el pseudónimo, después para el nombre. 114

¡Qué tardes tan entretenidas me pasé en la morada del poeta! Vivía en la 3ª calle Ancha, en una casa nueva, de dos pisos, con una terraza sobre la calle, adornada con grandes estátuas de yeso, macetas llenas de flores y barandales de hierro cubiertos por enredaderas. Al fondo del zaguán, arrancando del centro del patio, se hallaba la escalera, una escalera de esqueleto, al descubierto, con mucha luz, bifurcada en su primer meseta. Después, los corredores, de esqueleto también, se multiplicaban y entrecruzaban, ciñendo á las diferentes viviendas; y por dondequiera tiestos con plantas, jaulas con pájaros, cortinas listadas; la deliciosa costumbre mexicana de convertir en jardines los corredores de las casas, en todo su esplendor.

La habitación de Peza, caía á la calle y la formaban una pequeña antesala, que él tenía tapizada de libros, una sala con dos balcones espaciosos, dos dormitorios, el comedor, y al fondo, las dependencias del servicio. Él recibía en la sala, en la sala escribía y si se hallaba con visitas lo esperábamos los de confianza, en el comedor, siempre invadido por pilas de números sobrantes de El Lunes. Nos sentábamos al rededor de la mesa en la que encontrábamos preparadas las copitas, una

botella del clásico aguardiente de Jalisco, el tequila, y papel, tintero y plumas por si nos ocurría escribir algo. Cuando las visitas se despedían, cuando Peza las saludaba desde su vidriera, pasábamos á la sala y prolongábamos la reunión hasta el obscurecer. Llegaban un muchacho Gómez, Eduardo Velázquez, Emilio García, Villasana, el célebre caricaturista, y algunos más. Generalizábase la charla en los balcones, durante el verano, ó dentro de la estancia, durante el invierno, y principiaba Peza á hacer proyectos literarios de periódicos y libros, de zarzuelas y de ateneos; Villasana ofrecía su lápiz, reclamaba las ilustraciones.

— Conozco todo México, sus hombres y sus cosas — exclamaba nervioso, y, en un momento, sobre un trozo de papel cualquiera, sobre el mármol de la mesa, nos trazaba un personaje, un suceso, con tanto detalle grotesco, tanta verdad y tanta fineza, que en el acto reconocíamos lo hecho, y él repetía su estribillo:

— Conozco todo México, mi palabra de honor.

Apaciguado el entusiasmo, volvía Peza á su
tema, nos citaba cifras, datos de lo que le habían
costado y producido sus dos últimas zarzuelas,
La fiesta en Santa Anita y El Capitán Miguel,

para concluir invariablemente hablándonos de sus recuerdos de España, de su vida de Madrid como literato y como secretario de nuestra legación, de los escritores de por allá y de su amistad con ellos, de la Lira Mexicana publicada por él, también allá. Lo mismo nos describía una velada en el Ateneo que una corrida de toros ó una romería de San Isidro; nos paseaba por algunas provincias, nos introducía en algunos estudios de celebridades contemporáneas y sin fatigarse ni fatigarnos - él por su cariño á España y nosotros por cariño á él - pasábanse las horas, casi vivíamos su relato, que de repente era interrumpido por ráfagas de muy reconcentrada melancolía, frecuentes en Peza, y que aumentan sin que él lo sepa, el interés que inspira.

Otras tardes, la visita de sus tres hijos María, Margot y Juan variaba los rumbos de nuestras pláticas habituales. Se necesita haber tratado á Peza íntimamente para medio adivinar los tesoros de ternura inmensa que tiene por sus hijos, para comprender que sus versos son un trasunto de la realidad y un retrato de los caracteres de esas criaturas, las que, por instintivo y amante afán, diríase que desean con sus mimos y halagos, desvanecer las amarguras del padre y ahu-

yentar las nubes que de tiempo en tiempo ennegrecen la mente del poeta. Esas tardes se abría el piano, suprimíanse los chascarrillos equívocos, disminuía el tequila; mas, en cambio, Peza debía gozar muchísimo con las discusiones, pedimentos y risas de los chiquillos que recorrían la casa entera llenándola con su parloteo. Peza entonces no hablaba; hundido en un sillón, dejaba que sus hijos hicieran cuanto quisieran y sólo los miraba mucho, pero esa mirada muda, agradecida y acariciadora, es el mejor de los poemas de Peza, aunque nunca haya aparecido en sus libros impresos...

Por entonces, cambió de local la imprenta de El·Lunes; la trasladamos lejos, á las cercanías de la plazuela de Villamil, y yo, en mi calidad de secretario, presidí la nueva instalación que quedó realizada en menos de tres días. Como el local no era espacioso, apenas si cupieron la prensa y los cajistas; por lo común, redactábamos el periódico en la casa de Juan de Dios, y, á mi cuarto del hotel, venía el regente los sábados, para saber qué distribución ordenaba yo en el número por salir. A Eduardo Noriega, redactor activo cuyos trabajos y versos leía yo siempre, no le conocía; las buenas ausencias que de él me hacían, avivaron

mi gana de acercármele y una noche, casualmente, nos presentaron en el escenario del teatro Nacional, á la media luz de los bastidores, codeados por las coristas y magullados por los maquinistas y teloneros que alistaban la decoración. Pepe Austri, maestro mexicano con quien andaba yo en los arreglos preparatorios de mi primer trabajo para teatro, fué el que nos acercó.

Voy á presentar á vd. con Eduardo Noriega
me dijo — su compañero de periódico.

Volvió á poco, acompañado de Eduardo, nos presentó, y en vez de los cumplimientos de estilo, en vez de las frases huecas de rigor en casos tales, un fenómeno de mútua y sincera simpatía hizo que nos tuteáramos en seguida, así, como dos condiscípulos que se ven después de varios años de ausencia é impotentes, sin embargo, para destruir la franca intimidad de la infancia. Austri, se resistía á creer el que nunca nos hubiéramos visto Eduardo y yo; no era natural que nos abordáramos con semejante llaneza, y nosotros, aunque le concedíamos la razón, persistimos en el tuteo, regocijados por lo que éste nos significaba, un hallazgo raro, rarísimo, el de una espontánea amistad.

Es Eduardo uno de esos corazones sanos que

nos reconcilian con la especie humana, cuando los encontramos en nuestro camino. Cree en todos los sentimientos nobles, y lo que es más aún, los practica. Es poeta por una ley fatal, porque si no lo fuera, sería con razón el más convencido de los misántropos. Entre sus versos, sus hijos v sus amigos destruye los naturales escepticismos que todos recogemos al borde de los senderos de la existencia; y ante los desengaños que cosecha, rie, cree y quiere. Nosotros nos hemos amado de veras; mis pequeños progresos lo alegraban como suyos, y mis lágrimas, las muchas lágrimas que con él he derramado, me las enjugó siempre con frases salidas de muy hondo, de las que traen aroma de corazón y bálsamo de cariñoso consuelo. Desde la noche en que nos presentaron, nos llamamos hermanos y como hermanos seguimos tratándonos; á las criaturas que han brotado de mi pluma él las considera sus sobrinas, las mima, las defiende, y á mí, con algunas acciones íntimas me ha conmovido y demostrado cuánto puede valer un hombre que se resuelve á ser bueno. Su obra literaria es corta pero muy intensa : fórmanla un tomo de poesías con prólogo de Juan de Dios Peza, algunos monólogos delicadísimos, una traducción de Carmen, un drama en colaboración

con el malogrado Julio Espinosa, y dos ó tres co-

medias originales. Nuestra intimidad siguió en aumento hasta que yo partí de México; teníamos necesidad el uno del otro; nos buscábamos diariamente y diariamente íbamos á la casa de Peza ó á pasear por la Alameda y el Paseo al caer de la tarde, con un cambio de ideas y de impresiones tan franco, que parecía más bien que pensáramos en alta voz. Una enfermedad me hizo guardar cama cerca de dos meses y en ellos, tuve siempre á Eduardo por compañero, á Eduardo que almorzaba en mi cuarto, que en mi cuarto se pasaba las tardes y las noches. Ignoro cómo se da tiempo para todo, hasta para ir al teatro, del que es idó-

latra; pues es empleado en la Gobernación, dirige el México-Gráfico y un semanario taurino La Muleta. ¡Cómo no estarle grato á El Lunes que

me hizo obsequio semejante!

Fiel á su promesa, Peza me ayudó á ascender, á salir de mi humilde condición de escribiente, y en la ausencia, aún me manda una carta que otra. En una de nuestras penúltimas entrevistas—porque volví á verle á mi regreso, ocupando una curul en la Cámara de Diputados — acababa de perder á alguien y estaba triste, de pocas palabras, con un papel entre las manos.

- ¿ Qué lleva vd. ahí ? le pregunté.

- Una página de mi vida.

No quería leérmela, era el borrador de una de sus mejores composiciones, la que se titula : En mi barrio. Cada vez que recuerdo á Peza, recuerdo esos versos, su conmoción cuando me los leía y estos renglones que me impresionaron hondamente :

"la misma torre con su campana que entre mis brazos la despertó..."